

un despropósito y un plagio, la narración no tiene ni chispa de verdad, y la lengua, tan original y tan viva cuando el autor recurre al dialecto y que reproduce entonces con tanta exactitud los más ligeros matices del pensamiento, es trivial y descuidada hasta más no poder. *El Apóstol* no merece siquiera que se le mencione; un soñador que manifiestamente padece demencia recorre, vestido de profeta oriental, las calles de Zurich, y la muchedumbre que le adora le toma por el Cristo. Esa es toda la historia; está presentada de tal manera que no se sabe nunca si se trata de los sueños del apóstol ó de realidades. Sus ideas y sus sentimientos son un eco de Nietzsche; *Zarathustra* se le ha subido incontestablemente á la cabeza á Hauptmann y no le ha dejado en paz hasta que él mismo hubo producido una segunda dilución de esta estupidez. El guarda-vía Thiel ha perdido á su mujer al nacimiento de su primer hijo; constantemente ausente de su casa por exigencias de su servicio, se ve obligado, para que el niño esté atendido y cuidado, á volverse á casar. La segunda esposa, que no tarda en dar á su marido otro hijo de ella, maltrata al que no tiene madre. Á pesar de las advertencias de Thiel, deja un día sin vigilarle, sobre los rails, al pobrecillo, que es aplastado por un tren; entonces el guarda-vía mata horriblemente, durante la noche, á hachazos, á su mujer y á su hijo del segundo matrimonio, y le encierran como loco furioso en un manicomio. Citemos tan sólo algunos trozos de este escrito: «En la obscuridad... la cabaña del guarda se transformó en capilla. Una fotografía borrosa de la muerta frente á él sobre la mesa, el libro de los cánticos y la Biblia abiertos, leyó y cantó alternativamente durante toda la larga noche, interrumpido tan sólo por los trenes que pasaban á intervalos, y cayó en un éxtasis que se exaltó hasta visiones en las cuales vió en carne y hueso á la muerta ante sus ojos.» —«El poste telegráfico en la extremidad Sur de la sección tenía un acorde especial-

mente lleno y bello... El guarda sintió una disposición solemne como en la iglesia. Al mismo tiempo distinguió poco á poco una voz que le recordó á su mujer muerta; se imaginó que era un coro de espíritus bienaventurados con el cual su voz se mezclaba también, y esta idea despertó en él una aspiración, una emoción que llegaba hasta hacerle verter lágrimas.» La Joven-Alemania habla con desdén de Berthold Auerbach porque ha trazado tipos de campesinos sentimentales; ahora bien: ¿hay un solo habitante de la Selva-Negra de Auerbach, impregnado en semejante sentimentalismo dulzón y empalagoso como este guarda-vía del «realista» Hauptmann, que se apoya sobre el poste telegráfico y se siente conmovido hasta llorar por sus sonidos? También el pasaje que nos muestra (págs. 22-23) á Thiel amorosamente excitado al aspecto de su mujer («de la mujer parecía exhalar una fuerza invencible, inevitable, á la cual Thiel no se sentía con fuerza para resistir»), lo ha tomado Hauptmann de las novelas de M. Zola y no de la observación de los guarda-vías alemanes. ¿O bien ha querido pintar de una manera general un demente que ha estado siempre loco mucho antes de que su locura estallase? En este caso, ha dibujado el cuadro de un modo absolutamente falso.

¡Y el estilo en este desgraciado libro! «¡Los pinos... frotaban piando sus ramas unas contra otras», y «un ruidoso piido, chillido, ruido estridente de cadenas, y entre-choques (de un tren cuyo freno aprietan), atravesó á lo lejos la tranquilidad de la noche!» ¡Una sola y misma palabra para describir los ruidos de las ramas de los árboles que se frotan y de un tren cuyo freno aprietan! «Dos luces rojas y redondas (las de una locomotora) atravesaron, como los ojos fijos y estúpidos de un monstruo gigantesco, la obscuridad.»—«El sol brillante á su salida como una enorme pedrería roja de sangre.»—«El cielo que captaba como una gigantesca é irreprochablemente

azul copa de cristal la luz de oro del sol.» Y otra vez de nuevo: «El cielo como una copa de cristal azul pálido y vacía.»—«La luna estaba suspendida, semejante á una lámpara, por encima del bosque.» ¿Cómo puede un escritor que se respete emplear comparaciones semejantes de las cuales se avergonzaría un oficial de sastre aficionado á escribir? Luego, al lado de esto, descuidos innumerables: «Ante sus ojos flotan revueltos puntos amarillos semejantes á gusanos de luz.» Los gusanos de luz no dan un fulgor amarillo, sino azulado.—«Sus pupilas vidriosas se movían sin cesar.» He aquí un fenómeno que nadie ha visto aún.—«Los troncos de los abetos se alargaban como huesos descoloridos, podridos, entre las cimas.» Precisamente los huesos son la parte del cuerpo que no se pudre.—«La sangre que corría era la señal del combate.» ¡Una señal suficiente, en efecto! Hasta las faltas groseras contra la gramática no escasean; pero me avengo á tomarlas por erratas tipográficas. Si Gerhart Hauptmann tiene amigos sinceros, su deber imperioso es aguzarle la conciencia; él, que ha demostrado qué excelentes cosas es capaz de producir, no tiene derecho de escribir de cualquier modo al azar, como el primer emborrionador de cuartillas «joven-alemán» que pasa. Debe ser severo consigo mismo y esforzarse por continuar siendo siempre el artista que ha sido en *Los Tejedores*.

Los éxitos de Hauptmann han quitado el sueño á Arno Holz y á Juan Schlaf, que se han juntado para imitar su *Antes de la salida del Sol*. De su esfuerzo reunido ha salido *La familia Selicke*, drama en el cual tampoco sucede nada, en el cual también se trata del alcohol, y en el cual los personajes hablan también en dialecto. Para que resulte el «modernismo» han puesto en escena á un estudiante de teología que se ha hecho librepensador, y que no por eso deja de aceptar un puesto de pastor protestante. Menciono este buñuelo insignificante, únicamente porque los realis-

tas lo citan de ordinario como una de sus obras más extraordinarias.

Así se nos presentan los realistas jóvenes-alemanes, en cuyo número no quisiera contar, ya lo he dicho, al escritor real y autorizado Gerhart Hauptmann. No conocen el alemán, hasta son incapaces de observar la vida, con mayor motivo de comprenderla, no saben nada, no aprenden nada, no hacen ninguna experiencia de ninguna cosa, no tienen nada que decir, no tienen que expresar ni un sentimiento verdadero, ni un pensamiento personal; pero no por eso dejan de escribir sin cesar, y sus garrapatos pasan á los ojos de gran número de gentes como siendo la única literatura alemana del presente y de lo porvenir. Plagian las modas más ramplonas del extranjero y se dicen innovadores y genios originales; cuelgan en las portadas de sus tiendas el rótulo: «Al Modernismo», y no se encuentra en ellas más que los calzones de desecho de los más antiguos escritores adocenados. Si se quita de todo lo que han publicado hasta el día unas cuantas líneas en que mascullan entre dientes acerca de los oscuros «estudios» y de los «trabajos» socialistas del protagonista, quedará un miserable fárrago sin color, sin gusto ni relación con el tiempo ni el espacio, que un director de periódico un poco concienzudo habría, hace ya medio siglo, tirado al cesto como demasiado rancio en verdad. Ellos saben esto perfectamente, y para tomar la delantera sobre los que les echarían en cara su charlatanismo, lo imputan audazmente á los escritores honrados, contra los cuales babea su impotencia. Así es como Hans Merian se atreve á decir: «Spielhagen afecta sacar las ideas fundamentales y los conflictos de sus novelas de los grandes problemas que conmueven la época actual. Pero examinada de cerca, toda esa magnificencia se volatiliza también en una vana fantasmagoría.» Y: «A los fabricantes de novelas á lo Pablo Lindau, que les ha dado ahora recientemente por echárselas de «realistas», dirigimos el

cargo de falso realismo ¹.» ¡Y este mismo Hans Merian estima que el realismo de Max Kretzer y de Karl Bleibreu es auténtico, y que sus historias de *cocottes* parisienses, transportadas en contrabando á Berlín, y sus aventuras de camareras de cervecería místicas, están «sacadas de los grandes problemas de la época!» ¿No es ese el método de los rateros que echan á correr á todo escape al ver al agente de policía y gritan, mientras corren, más fuerte que todos los demás: «¡Al ladrón!»?

El movimiento joven-alemán es un incomparable ejemplo de esa formación de bandos literarios que ya he descrito en el primer tomo de este libro. Comenzó dicho movimiento estableciéndose y lanzándose al palenque los futuros jóvenes-alemanes; un hombre se arrogó el rango de capitán y reclutó cómplices para invadir con ellos las selvas de la Bohemia. El fin que perseguían era idéntico al de cualquier otro bando de criminales: la «Maffia», la «Mala vida», la «Mano negra», etc.: vivir bien sin trabajar, robando á los ricos y saqueando á los infelices intimidados, favorecer los actos de venganza de los adheridos contra las personas envidiadas, odiadas ó temidas por ellos; satisfacer impunemente sus inclinaciones á la lujuria y al crimen, que rechazan las costumbres y las leyes. Lo mismo que la «Mala vida» y las asociaciones análogas, esta pandilla literaria disimula sus acciones y sus gestos con palabras de relumbrón destinadas á procurarles el favor, ó al menos la indulgencia de la multitud sin discernimiento y fácilmente accesible á la emoción. Los bandidos pretenden siempre que les guía el deseo de reparar, en cuanto lo consienten sus fuerzas, las injusticias del destino, arrebatando á los ricos lo superfluo, para endulzar con su ayuda la miseria de los pobres; del mismo modo esta pandilla afirma que defiende la causa de la verdad, de la libertad y del progreso,—¡con estas historias amo-

¹ Hans Merian, *Los Jóvenes-Alemanes en nuestra literatura contemporánea*, 2.^a edición, Leipzig, págs. 12-14.

rosas obscenas de criadas de taberna y de prostitutas!— Se llega á ser miembro de semejante pandilla por una admisión formal y después de haber pasado por determinadas pruebas: primero hay que llenar de lodo públicamente á un autor celebrado y de mérito; dado el predominio de las emociones vulgares y perversas en los miembros de esta pandilla, claro es que experimentan mayor placer en llenar de fango á un hombre envidiado que en ser alabados ellos mismos; luego después, el candidato debe adorar como genios á uno ó varios miembros de la pandilla, y por último, ha de dar pruebas, en prosa ó en verso, de que él también sabe expresar en el lenguaje de un rufián las ideas de un galeote y las sensaciones de una bestia asquerosa. Una vez que haya sufrido con éxito estas tres pruebas, el bando recibe al candidato y queda declarado genio. Así como las cuadrillas de ladrones tienen sus guaridas, sus encubridores, sus aliados secretos ó afiliados en la sociedad burguesa, así también la pandilla literaria posee sus periódicos propios, sus editores designados que han aceptado todas sus obras por lo menos al principio, é inteligencias secretas con críticos de diarios aún respetables. Su influencia se extiende hasta el extranjero, fenómeno observado con frecuencia en la formación de los bandos de este género, y expresamente señalado por Lombroso: «Los *mattoideos*, dice, al revés de los genios y de los locos, están unidos por una simpatía de intereses y de odios; forman una especie de masonería, tanto más poderosa cuanto que es menos regular, pues está fundada en la necesidad de resistir al ridículo común que les persigue inexorablemente por todas partes, en la necesidad de desarraigar, ó por lo menos de combatir la antítesis natural que para ellos es el hombre de genio; y así, á pesar de odiarse ferozmente entre sí, se hacen solidarios uno de otro ¹.»

¹ C. Lombroso y R. Laschi, *El crimen político*, etc., t. II, página 116.

Aquel que desde la altura abarca un horizonte con cierta amplitud, puede fácilmente observar el trabajo de los apóstoles de esta franc-masonería internacional. M. Teodoro de Wyzewa, ya citado, que presenta á los franceses el demente Nietzsche como el escritor más notable que ha producido Alemania en la segunda mitad del siglo anterior, habla en *La Revue Bleue* y en *Le Figaro* de Conrado Alberti como del «poeta» que dominará la literatura alemana del siglo xx. Las revistas «jóvenes» de los simbolistas y de los instrumentistas, *La Revue Blanche*, *La Plume*, etc., traducen las «Poesías vividas» de O. J. Bierbaum. Por otra parte, O. E. Hartleben ofrece al público alemán las pretendidas «poesías» del simbolista belga Alberto Giraud, *Pierrot lunar*, y H. Bahr mascula frases extáticamente sobre los místicos parisienses. Ola Hansson, ante los lectores alemanes, se entusiasma con los realistas del Norte, y lleva á Suecia la buena nueva del realismo joven-alemán, etc.

Las maniobras de la pandilla no le han favorecido mucho á ella misma; pero, en cambio, han causado graves perjuicios á la literatura alemana, pues necesariamente ha ejercido una atracción funesta sobre los jóvenes que se han dado á conocer de siete ú ocho años á esta parte. Si se consideran las enormes dificultades que se oponen al autor novel que sin relaciones ni protectores, completamente abandonado á sí mismo, entra en el camino de la amargura que conduce al éxito literario, se encontrará comprensible que los novicios deseen insinuarse en una sociedad de poderosa organización y con sus periódicos y sus editores propios y hasta con un público reclutado, siempre dispuesto á tomar la defensa de los suyos con la ausencia de escrúpulos y las costumbres de riña de matones de oficio. El afiliado al bando está libre de todas las dificultades del novicio. Únicamente los más vigorosos talentos, tales como Hermann Sudermann, v. gr., han desdenado facilitarse la lucha valiéndose de semejantes alia-

dos; pero los demás se han dejado afiliar de buena gana. El resultado ha sido, por una parte, atraer al oficio de escritor á muchachos absolutamente sin razón alguna para serlo, y que jamás hubieran llegado al público, si no hubieran existido basureros especiales á los que se podían acarrear todas las barreduras; y por otra parte, proporcionar á otros jóvenes, quizá no desprovistos de talento, periódicos y editores para puerilidades cuya aparición en una librería hubiera sido inconcebible antes de la formación del bando. De estos últimos, unos se dedicaron al oficio de escritor á una edad en que todavía tenían que estudiar mucho, y quedaron, permanecieron por ende, ignorantes, sin madurar, y superficiales; otros se acostumbraron á seguir la corriente y á una falta de pudor y exhibicionismo, en la que jamás habrían caído si, faltos de las comodidades que les ofrece la organización del bando, hubieran tenido que someterse á alguna disciplina y desarrollar cuidadosamente sus aptitudes. La existencia de esta «Maffia» literaria, favoreció de tal modo á los plagiaros contra los espíritus independientes, á la turba multa contra los aislados, á los faranduleros contra los artistas, y á los obscenos contra los delicados, que por decirlo así, ya no hubo competencia posible. La vegetación exuberante de obras sin importancia imbéciles, pueriles y brutales, ha sido el resultado de este cultivo de la impotencia y de la inmadurez, así como de esta prima concedida á la vileza. Quisiera demostrar tan sólo por un ejemplo, la acción desastrosa de este bando. Quizá alguien recordará al alumno del gimnasio de Darmstadt, que escribió bajo el seudónimo de Hans G. Ludwigs, y se suicidó, en 1892, á los diez y siete años. Desde hacía dos años, ya había incensado en los periódicos oficiales de la Joven-Alemania á los «genios» realistas, y publicaba novelas idiotas, y se mató porque (éstas fueron sus palabras) «esta maldita vida tirada á cordel»—es decir la obligación de estudiar y de trabajar regularmente en clase—«le destrozaba su vigor».

Infinidad de estudiantes escriben sandeces y las envían á los periódicos, pero como no se las publican, recobran poco á poco la razón; su cabeza no se desequilibra y no llegan á imaginarse que valen demasiado para sujetarse á estudiar el programa universitario y prepararse para los exámenes con aplicación. Ludwigs se hubiera curado quizás de su locura, y viviría hoy quizás y hubiera podido llegar á ser un hombre útil, si criminales periódicos realistas no hubieran publicado sus nonadas, apartándole así de sus estudios y acrecentando hasta el delirio de grandezas su vanidad enfermiza de adolescente.

El éxito relativo de esta invasión á mano armada, y, para emplear la frase de Nietzsche, de esta rebelión de los esclavos en la literatura, halla su explicación en las condiciones de Alemania. Su literatura, después de 1870, había llegado á ser realmente insípida, no podía ser de otro modo; el pueblo alemán había tenido que poner en tensión toda su energía para conquistar su unidad en guerras terribles. Ahora bien; no se puede realizar simultáneamente grandes actos históricos y llevar una vida artística floreciente, sino sólo una cosa ú otra. En la Francia de Napoleón I, los escritores más célebres se llamaban Delille, Esménard, Parseval de Grandmaison y Fontanes. La Alemania de Guillermo I, y de Moltke y de Bismarck, no podía producir un Goethe y un Schiller. Esto se explica de una manera que no tiene nada de místico. El pueblo toma de los prodigiosos sucesos de que es testigo y colaborador un término de comparación al lado del cual todas las obras de arte aparecen empequeñecidas, y los poetas y los artistas, y precisamente los mejor dotados y los más concienzudos, se sienten deprimidos y desalentados, á menudo hasta paralizados, por la doble verificación que sus compatriotas no siguen sus trabajos más que distraídamente y de una manera accesoria, y que sus creaciones no pueden absolutamente alcanzar la grandeza de los sucesos históricos que se desarrollan ante sus ojos. En

este período crítico de pasajera decadencia intelectual, fué cuando se produjo la aparición del bando de la Joven-Alemania, y se aprovechó muchísimo de que hasta las gentes honradas y sensatas tuvieron que reconocer lo motivado de sus ataques contra muchos senadores literarios, entonces en ejercicio, á pesar de condenar por completo la forma que empleaban.

Pero la otra razón y la más poderosa, es la anarquía que reina actualmente en la literatura alemana. Nuestra república de las letras no está ni gobernada ni defendida; no tiene ni autoridades ni policía, y por esto es por lo que un pequeño bando de malhechores resueltos puede despacharse á su gusto. Nuestros maestros no se preocupan de su posteridad, como antaño era costumbre; no tienen el sentido del deber que el éxito y la gloria les imponen. Compréndaseme bien: nada más lejos de mi pensamiento que pretender transformar la literatura en una corporación cerrada y pedir á los que tienen ya crédito que formen aprendices y compañeros (aunque de hecho, cada nueva generación se forma inconscientemente en las obras de sus antepasados intelectuales.) Pero no tienen derecho para desinteresarse de lo que vendrá después de ellos; son los guías intelectuales del pueblo; poseen su atención y les incumbe la misión de facilitar los primeros pasos á los principiantes y de presentarlos al público. Con esto se obtendría mucho: continuidad de desarrollo, formación de una tradición literaria, respeto y agradecimiento hacia los predecesores, supresión severa y precoz de los individuos que tengan pretensiones absolutamente injustificadas, economía de la fuerza que el joven escritor tiene hoy que malgastar para salir de su concha. Pero nuestros senadores literarios no tienen ninguna comprensión de esto; cada cual no piensa más que en sí mismo y está furiosamente celoso de sus contemporáneos y de sus epigonos. Ninguno de ellos se dice que en el concierto intelectual de un gran pueblo, hay sitio suficiente para docenas de artistas

diferentes, cada uno de los cuales toca su propio instrumento; ninguno considera que después de él nacerán forzosamente nuevos talentos, que eso es una cosa que no puede impedir, y que se prepara á él mismo una vejez mejor allanando el camino, en lugar de querer cerrárselo con genio arisco á los que, haga lo que quiera, serán, á pesar de todo, sus sucesores en el favor del público. ¿Quién de entre nosotros ha recibido nunca una palabra de animación de nuestras grandezas literarias? ¿A cuál de entre nosotros han atestiguado interés y benvolencia? Ninguno de nosotros debe pues, tampoco nada por poco que sea á ninguna de ellas; nadie se siente obligado á ser equitativo hacia ellas ni á hacerse su campeón; y cuando la camarilla la emprendió contra ellas, á la manera de los pugilistas de arrabal, para expulsarles dándoles una paliza y ocupar su sitio, ningún brazo se levantó para defenderlos y fueron cruelmente castigados por haber vivido y obrado en solitarios, secretamente hostiles unos á otros, rechazando con dureza á los jóvenes, indiferentes hacia los gustos del pueblo en tanto que no se aplicaban á sus propias obras.

Y del mismo modo que no tenemos un Consejo de los Ancianos, carecemos también de toda policía crítica. Un autor de reseñas puede alabar la producción más miserable, matar por el silencio y arrastrar por el lodo la más elevada obra maestra, citar como contenido de un libro cosas de las cuales no dice ni una sola palabra—nadie estigmatiza su ineptia, su descaro ó su mentira. Ahora bien: un público que no está ni guiado ni aconsejado por sus Ancianos, ni protegido por su policía crítica, es la presa predestinada de todos los charlatanes y de todos los impostores.

LIBRO V

EL SIGLO VEINTE